

Saavedra y de sus familiares, Texas, A&M University.

♦ Teijeiro Fuentes, Miguel Ángel (2006): "Portugal en la vida y obra de Cervantes", *Revista de Estudios Extremeños*, 72 (2), (Mayo-Agosto), págs. 683-700.

♦ Valladares, Rafael (2006): "A península tripartida", en *A independência de Portugal*, Lisboa, Esfera dos Livros.

♦ Vargas Díaz-Toledo, Aurelio (2007): "Fastigina de Tomé Pinheiro da Veiga. Edición de los días 10 y 28 de junio de 1605: primer documento de la recepción del *Quijote*", *Anales Cervantinos*, Vol. XXXIX, págs. 309-343.

\_\_\_\_\_(2011): "Presencia del Quijote en Portugal: noticia de un documento inédito", en *Visiones y revisiones cervantinas. Actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. de Christoph Strosetzki, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, págs. 889-898.

\_\_\_\_y Alexia Dotras Bravo (2011): "Nueva edición del *Cartel de desafío y protestación caballeresca de Don Quixote de la Mancha, Cavallero de la Triste Figura, en defensión de sus castellanos* (Lisboa, Domingo Lopes, 1642)", *Suplemento Coloquio/Letras*, nº 178, Set.-Dez., págs. 77-86.

\_\_\_\_\_(2011): "Presencia del Quijote en Portugal: noticia de un documento inédito", en *Visiones y revisiones cervantinas. Actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. de Christoph Strosetzki, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, págs. 889-898.

\_\_\_\_\_(2012): "Análisis de un texto portugués sobre el *Quijote: la Relaçam de tudo o que succedeo no sitio e defensa da grande cidade de Praga*", en *Anales Cervantinos*, vol. XLIV, págs. 289-318.

♦ Veiga, Tomé Pinheiro da (2011): *Fastigina*, ed. Ernesto Rodrigues, Lisboa, Centro de Literaturas e Culturas Lusófonas e Europeias, Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa.

## LA MUJER EN EL QUIJOTE: DULCINEA DEL TOBOSO

M.<sup>a</sup> HUMILDAD MUÑOZ RESINO, UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

**RESUMEN:** En este artículo pretendo mostrar un somero acercamiento al papel de la mujer en la obra magna de Cervantes. En primer lugar haré un breve repaso de los casos más significativos, para terminar centrándome en el personaje femenino principal, es decir, Dulcinea del Toboso, con las necesarias referencias a Aldonza Lorenzo. Y antes de entrar directamente en el tema, me parece oportuno hacer alguna consideración acerca de la personalidad de su autor, sin duda determinante en la concepción tan particular del mundo femenino que se desprende de sus obras en general y del *Quijote* en particular. **Palabras clave:** Cervantes, Quijote, Dulcinea del Toboso, Aldonza Lorenzo, mujer, amor idealizado, fidelidad, libertad, matrimonio, belleza.

**RESUMÉ:** Le but de cet article est celui de montrer une approche sommaire au rôle de la femme dans la grande oeuvre de Cervantes. D'abord, je ferai une brève révision des cas les plus significatifs pour envisager ensuite le personnage principal, c'est à dire, Dulcinea del Toboso, sans y oublier les références nécessaires à Aldonza Lorenzo. Mais avant d'entrer directement dans le sujet, il me semble utile de faire quelques considérations sur la personnalité de son auteur, qui a déterminé sans doute la conception aussi particulière du monde féminin qui se dégage de ses ouvrages en général et d'une manière spéciale dans le *Quijote*. **Mots clefs:** Cervantes, Quijote, Dulcinea del Toboso, Aldonza Lorenzo, femme, amour idéalisé, fidélité, liberté, mariage, beauté.

Soy consciente de que el tema que he elegido para esta comunicación es tan importante en la novela cervantina –libro inagotable donde los haya– que un tratamiento medianamente profundo sobrepasaría con mucho los estrechos límites que permite este marco. Desde el siglo XVIII existe todo un aparato erudito en torno a estas cuestiones, abarcando los más diversos puntos de vista. Lo han abordado, entre otros, Gregorio Mayans y Siscar, John Bowle, Juan Antonio Pellicer, Vicente de los Ríos, Diego Clemencín, Juan Eugenio de Hartzenbusch, Juan Valera, Nicolás Díaz de Benjumea, Emilia Pardo Bazán y, recientemente, Isabel Navas Ocaña.

Como no es la ocasión, pues, de plantear una hermenéutica alambicada, trataré sólo de esbozar una aproximación general, con la esperanza de dejar sembrado algún interés en el auditorio para que cada uno después complete con su lectura todo lo que aquí se quedará en la trastienda. Al fin de cuentas, siempre he mantenido que el mejor homenaje que se le puede hacer al *Quijote* es, simplemente, leerlo.

La imagen que de la **mujer** se transmite en toda la obra de Cervantes –y concretamente en el *Quijote*– nace, obviamente, de la personalidad de su autor, de su particular visión del mundo, y de las circunstancias que le rodearon, por lo

que antes de abordar cualquier reflexión sobre los **entes de ficción**, se hace necesario recordar someramente algunos datos de su biografía pertinentes al caso, que en general son bastante conocidos. A Miguel de Cervantes la vida le curtió en la adversidad y a eso hay que añadir su proverbial bonhomía. De ese talante surge precisamente el punto de tolerante comprensión o de ironía amable con que juzga algunos hechos y personajes de su obra magna (y que cualquier lector puede detectar en su lectura). Si ello es así en general, no demostró menos comprensión cuando se trataba de relacionarse con el mundo de la mujer. Juan Valera dijo al respecto:

La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad resplandecen en este respeto que muestra con toda criatura hecha a imagen y semejanza de Dios. Las mujeres especialmente, según la atinada observación del señor Hartzenbusch, “son casi todas en su libro a cual más bella y discreta y merecedora de cariño; y a la que pinta, ya moral ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo para que no repugne”. (Valera, 1958: 1075).<sup>1</sup>

Importante en su vida fue el entorno familiar, eminentemente femenino. Leonor de Cortinas, su madre (nacida hacia 1520, muerta en 1593), llevó una existencia de privaciones junto a un marido, Rodrigo de Cervantes, que no supo encontrar un medio de vida estable y rentable, cambiando de ciudad y de oficio muchas veces. Ella fue –con sus hijas– pieza clave para reunir el rescate que permitió liberar a Miguel del cautiverio de Argel.

De los hijos habidos en el matrimonio, el autor del Quijote se relacionó mucho con su hermano Rodrigo (con el que compartió cautiverio), pero para el presente objetivo nos interesa más la presencia de las hermanas. La mediana, Luisa (nacida en 1546), prácticamente no cuenta para el caso porque con el nombre de Luisa de Belén ingresó muy pronto (1565) en el convento car-

melita de la Imagen de Alcalá, fundado en 1563 por María de Jesús (Yepes), y donde fue tres veces abadesa. La mayor fue Andrea (nacida en 1544). Ella, durante la estancia de la familia en Sevilla, mantuvo relaciones con un personaje de cierta relevancia social, Nicolás de Ovando, del cual tuvo una hija, Constanza de Ovando. No le cumplió la promesa de matrimonio aunque sí obtuvo compensación económica. Más adelante, en Madrid, también va a mantener relaciones con un rico genovés, Juan Francisco Locadelo. La hermana pequeña, Magdalena (nacida en 1552), aprenderá en la escuela de la mayor, no se casará y mantendrá relaciones más o menos íntimas con hombres, incluso desde muy joven pues con 17 años ella y Andrea sostuvieron un romance con Pedro y Alonso Portocarrero. Podemos observar, pues, que las hermanas Cervantes se ganaron la vida aprovechándose de las debilidades de los hombres que las cortejaban pues en varias ocasiones entablaron pleitos por promesas no cumplidas. En definitiva, en una sociedad machista como aquella, estas mujeres vivieron con bastante libertad.

Miguel se mostró siempre muy tolerante y comprensivo con la azarosa vida de sus hermanas, así como con algo que chocaba frontalmente con el andamiaje moral de la época: las relaciones extramatrimoniales. Parece que los vínculos matrimoniales indestructibles de la época en algunas ocasiones presentan fisuras inquietantes. Él mismo lo experimentó, concibiendo entre 1582 y 1584 una hija natural, Isabel Saavedra, cuya madre era una mujer casada con un mesonero, Ana Franca de Rojas. En cuanto al matrimonio, no se ve como una liberación de la mujer pues la somete a las rígidas normas del código del honor, aunque otra cosa es lo que se diga mayormente en las obras, donde procura ser “políticamente correcto”. Pero a la hora de practicarlo, sabemos que Cervantes mantuvo un matrimonio bastante atípico. Posiblemente el mismo año de nacimiento de su hija natural Miguel viaja a Esquivias en el otoño y allí conoce a Catalina

1. VALERA, Juan: “Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarlo y juzgarlo”, en *Obras Completas*, tomo III, págs. 1065-1086, Madrid, Aguilar, 1958. Discurso leído por el autor ante la Real Academia Española en Junta Pública el 25 de septiembre de 1864.

Salazar y Palacios Vozmediano, una joven huérfana de padre que tenía un pasable patrimonio y con la que se casa tres meses después: el 12 de diciembre de 1584. Ella tenía 19 años, él 37. Los casó Juan de Palacios, el tío sacerdote de la joven. En la casa conyugal pararía muy poco Miguel, al menos tras el primer año de convivencia. Se ha escrito mucho sobre esto y si fue un matrimonio por conveniencia.

En algún momento de su vida Cervantes vivió en una especie de “gineceo”. Es lo que ocurrió cuando en 1604 se trasladó a Valladolid en pos de la corte. Según distintas fuentes biográficas, lo acompañaban sus hermanas Andrea y Magdalena, su sobrina Constanza, su hija Isabel, posiblemente Catalina y hasta se habla de una criada, María de Ceballos. Y también se instaló allí Juana Gaitán, vecina de Esquivias y viuda de su amigo el poeta Pedro Laínez. Todos vivían en el extrarradio, en una modestísima vivienda, a cuyas puertas ocurrió un famoso percance que los llevó a todos a la cárcel y ante los jueces, precisamente por la dudosa fama que tenían “las Cervantas”; aunque más bien fue por su mala suerte: un caballero llamado Gaspar de Ezpeleta fue herido de muerte por un tema de cortejo amoroso a una dama casada, cuyo marido buscó esta venganza. Vuelto Miguel a Madrid siguió viviendo con “sus mujeres”.

Si en líneas generales Miguel se muestra fiel a los cánones de la época, e incluso a veces es irrisoriamente convencional (el caso de la Leocadia de *La fuerza de la sangre*), son muchos los ejemplos con que nos sorprende de mujeres que proclaman su derecho a la libertad, como la Gelasia de *La Galatea* o Preciosa de *La gitanilla*.

La actitud comprensiva de Cervantes frente a la condición social de la mujer es muy novedosa para su época. Hay una diferencia muy notable entre él y sus contemporáneos, como pueden ser Lope, Calderón y Quevedo, aunque no es el momento de establecer comparaciones concretas.

Pero sin más dilación comenzaré a abordar el tema que da título a la comunicación, **la mujer en el Quijote**.

A lo largo de la novela aparecen más de 200 nombres de mujer y funcionan 39 personajes

femeninos de carne y hueso (más Dulcinea). La **tipología femenina** ofrecida es riquísima, las hay de toda clase y condición, según su **aparición física**, sus **hábitos**, su **estado civil**, su **clase social**, su **edad**, su **condición moral**, su **formación literaria**, su **religión** o su **categoría actancial** (sólo citaré algunos ejemplos en cada apartado y sin repetir ninguno, para dar cabida a más nombres, pues obviamente bastantes de ellas podrían ilustrar otros apartados):

- Desde la más **idealizada** (Dulcinea) a la más **vulgar** (Aldonza Lorenzo) e incluso **fea y tosca** (las tres labradoras de El Toboso).
- Desde la más **hogareña** (sobrina y ama) a la más **andariega** (Dorotea) e incluso **correntona** (doncellas mencionadas en I-9).
- Las hay **solteras, casadas y viudas**, y dentro los dos primeros casos podemos precisar más: las que viven bajo la **tutela masculina del padre** (la hija de Diego de la Llana), o **del marido** (mujer del ventero – Camila) y las que han decidido ser **dueñas de su destino** (Marcela).
- Desde una **aristócrata** (la duquesa) a **criadas** más o menos vulgares, y hasta sofisticadas (Maritornes – Leonela – Altisidora), pasando por otras de lo que podríamos llamar ahora “**clase media**”, o sea, **hidalgas** de distinto nivel (la señora vizcaína – doña Cristina, la esposa de D. Diego de Miranda).
- Desde **adolescentes** (la hija de Sancho – Clara de Viedma) a **jóvenes** (Luscinda – Claudia), o de **mediana edad** (la esposa de D. Antonio y sus amigas) y **viejas** (doña Rodríguez).
- Desde la **honrada** al uso (Quiteria), a la más **inconsciente** (Leandra), llegando a burdas **prostitutas** (Tolosa y Molinera – la mujer que juzga Sancho en la ínsula).
- Desde la que se manifiesta **cultivada** en poesía (las dos pastoras de la fingida Arcadia) a las que son **analfabetas** (Teresa Panza).
- La práctica totalidad son **cristianas** pero

cuenta con dos ejemplos de **otro credo** en ambas partes de la obra (Zoraida – Ana Félix).

- También hay un predominio de entes “**reales**”, pero no faltan alusiones a mujeres “**imaginarias**” o “**literarias**” (Micomicón – Belerma – Melisendra – Clori – la dueña Dolorida o condesa Trifaldi).
- Incluso hay mujeres “**travestidas**”, como, en el palacio de los duques, el paje (Dulcinea) y el mayordomo (la condesa Trifaldi); o en la insula el hijo de Diego de la Llana, que aparece con los vestidos de su hermana que, a su vez, lleva puestos los de él; sin olvidar el caso más espectacular, la ya citada Dorotea.

Curiosamente, ninguna mujer de la obra parece tener una **educación** sólida, e incluso, como dije antes, algunas no saben leer ni escribir; y a pesar de que bastantes de ellas se expresen con un sospechoso desparpajo –y digo sospechoso porque a ratos su parlamento suena artificioso, por retórico– es precisamente en el uso de la lengua donde podemos encontrar puntos débiles. La misma duquesa ignora el significado de una palabra (*demostina*) y tiene que aclarárselo don Quijote, siendo, además, censurada con un machista comentario de su esposo (II, 32); la sobrina cree que una *ínsula* es algo de comer (II, 2); Teresa Panza tampoco lo sabe (I, 52), pero aquí es más previsible por tratarse de un rústica labradora; y Dorotea, pese a confesarse muy lectora de novelas de caballería, debía de andar en pañales respecto a la geografía pues convierte a la población de Osuna en puerto de mar (I, 30). De todas formas, esta deficiencia cultural femenina no es achacable a Cervantes, todo lo contrario, lo que hace es convertirse en eco de una realidad sociológica.

En general, casi todas las mujeres que aparecen (salvo las citadas excepciones) son hermosas a más no poder y mavormente discretas y ho-

nestas, con lo que Cervantes se convierte en un paladín del género femenino. Así, por ejemplo, a propósito de lo que decía anteriormente respecto a la reivindicación de su derecho a decidir, en la obra aparece el caso más notable al respecto: Marcela, la joven que opta por hacerse pastora y rechazar la compañía masculina. Su postura será defendida y avalada por un don Quijote posible portavoz de la opinión del autor y en contra de todos los demás presentes.

Pero la prueba de que Cervantes no pierde de vista la realidad es que podemos encontrar también algún juicio negativo sobre las hijas de Eva, como el que pone en boca del cabrero irritado con la cabra que se le ha escapado, al final de la primera parte: “Mas ¡qué puede ser sino que sois hembra, y no podéis estar sosegada; que mal haya vuestra condición, y la de todas aquellas a quien imitáis!” (I, 50).<sup>2</sup> Nunca fue más oportuna la frase proverbial de que “*la cabra tira al monte*”, pero es que aquí va más allá del referente animal pues en realidad este cabrero es un despechado caballero llamado Eugenio y está hablando de la condición femenina, juicio machista que corrobora el canónigo que se encuentra presente: “pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural instinto” (id.).

Y un prodigio de ironía es lo que se dice acerca de la *doncellez*: a pesar de que uno de los objetivos del ideario del caballero manchego es precisamente la defensa de las doncellas, el “*autor*” hace una caricatura de la versión femenina de los caballeros andantes y se burla de aquellas supuestas damas que en otros tiempos andaban de acá para allá “con toda su virginidad a cuestras”, las cuales si ningún “follón”, “villano” o “gigante” las forzaba, “al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día debajo de tejado, y se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había parido” (I, 9).

Ante la limitación del tiempo de que dispongo es preciso cribar la nómina que cito anteriormente, dejando en el tintero muchas de estas **mujeres “quijotescas”**, a pesar de que cada una de

2. CERVANTES, Miguel de: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Clásicos Castalia. Tomo I, 1984; tomo II, 1982. Todas las citas de la obra se extraen de esta edición.

ellas podría dar pie a ocupar un espacio considerable. Teniendo que elegir, me parece oportuno optar por Dulcinea, con las necesarias referencias a Aldonza Lorenzo, por la relevancia del personaje en el conjunto de la obra.

### DULCINEA DEL TOBOSO

Antes de abordar directamente cuestiones del personaje, quiero referirme a un episodio muy importante (I, 8-9) en el cual Dulcinea aparece tangencialmente pero, en mi opinión, con mayor relieve de lo que parece a simple vista. Me estoy refiriendo al famoso hallazgo del manuscrito árabe en el Alcaná de Toledo. Este episodio es doblemente importante para el conjunto de la obra:

- Primeramente por la cuestión de la **autoría** (que aquí no es el momento de desarrollar): el narrador heterodiegético que venía contando la pelea con el vizcaíno, se convierte en narrador homodiegético al meterse en la acción para lamentar el final de la fuente en que se estaba inspirando, así como para manifestar su propósito de buscar la continuidad de la misma. Ello da pie al hallazgo del escrito de Cide Hamete Benengeli, como es sabido.

- En segundo lugar, es importante porque ahí podría estar la clave de la pregunta: **¿para qué** escribió Cervantes su obra?, tema que ha hecho correr ríos de tinta desde que se publicó la novela hasta nuestros días y que no está resuelto. Y es que cuando el morisco aljamiado comienza a leer los papeles, **se echa a reír**: alguna vez se ha dicho que eso era precisamente lo que buscaba básicamente el autor en sus lectores. Pero ¿qué le hacía tanta gracia al morisco?:

Preguntéle yo que de qué se reía, y respondiome que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjeme que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

—Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: “Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha”. (I, 9)

Nosotros también nos reímos ante esta prodigiosa ironía cervantina: la dama ideal e idealizada reducida a vulgar **mondonguera** en esta “glosa benengeliense”, permítaseme la traslación terminológica; la depositaria del amor platónico, a expensas de un historiador árabe y de un traductor morisco (cuya religión considera impuro al cerdo). Si burlesco es lo primero que se dice de Dulcinea en el texto que a partir de aquí será la base de la continuación de la novela, podemos imaginarnos por qué carriles anda y andará la configuración del más importante personaje femenino de la obra; y, consecuentemente, no es de extrañar que don Quijote en alguna ocasión se inquiete ante el peligro que pueda correr el honor de su dama, puesto en la pluma de un infiel. Pero vamos concretamente al personaje.

Es curioso que la **mujer más importante** de la obra **no exista**: en realidad es una pura entelequia cerebral de don Quijote construida a partir de una vaga referencia, la aldeana Aldonza Lorenzo. Por su importancia es de obligada lectura el pasaje en el que aparece por primera vez, ni más ni menos que cuando el hidalgo está dando cuerpo a su idea de hacerse caballero andante en el capítulo primero de la primera parte:

Limpias, pues sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él:

—Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendido: “Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrana, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced,

para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante”?

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo, ni le dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle el título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto. (I, 1)

Cuando la duquesa le dice a don Quijote que, según reza la historia de sus aventuras, salida a la luz hace pocos días, la señora Dulcinea no existe sino que es una dama fantástica por él engendrada, el caballero le responde:

Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, finalmente, alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas. (II, 32)

Y será precisamente en esta escena cuando don Quijote responda al duque a propósito del linaje con una frase que repite otras veces a lo largo de la obra con diferente formulación y que sirve para calibrar el concepto que sobre la dignidad del hombre tenía Cervantes; dicha, además, a un importante aristócrata –cuya conducta está dejando bastante que desear– cobra una relevan-

cia especial: “Dulcinea es hija de sus obras” (II, 32). Aunque en este contexto esta afirmación es difícil de probar, habida cuenta de que Dulcinea no es corpórea.

Los dos ejes que mueven el comportamiento de don Quijote para con Dulcinea son el amor y la fidelidad, la segunda determinada por el primero.

Respecto al **amor**, como se dice de manera recurrente a lo largo de toda la obra, la condición de enamorado es consustancial a la de caballero andante, y nuestro hidalgo así lo entendió desde que diseñó los elementos de la vida que iba a emprender. Precisamente en este punto está la mayor aberración que cometió Avellaneda en su falso *Quijote* cuando configuró a su personaje como “desenamorado”.

El sentimiento amoroso de don Quijote es idealismo puro puesto que se sustenta en una quimera, gracias a lo cual la dama puede acumular todas las perfecciones físicas y morales imaginables. Cuando en el palacio de los duques el clérigo allí presente arremete con ira contra el hidalgo manchego, éste le responde de manera sosegada pero contundente, dando razones para justificar su vocación de caballero andante, así como la asunción de lo que ello comporta respecto al amor: “[...] yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes”. (II, 10)

El segundo eje es la **fidelidad**, como se ha dicho. Condicionado por este sentimiento rechaza a Maritornes (la rijosa criada de la venta, a la que él, en sus delirios, transmuta en excelsa princesa); rechaza también a Altisidora (la más atrevida); e incluso desestima la invitación de bailar en casa de D. Antonio Moreno. Ante cualquier insinuación, real o imaginada por él (la visita de doña Rodríguez a su alcoba para pedirle que sea el valedor del honor de su hija), el caballero se parapeta en el argumento de que no puede ofrecer lo que no le pertenece porque la única dueña de su corazón es Dulcinea; y así, ante la serenata que le ofrece Altisidora, la desenvuelta, descarada e ingeniosa doncella de la duquesa, se lamenta y deja traslucir otra de sus paranoias, su narcisismo:



—¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore...! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar a solas gozar de la incomparable firmeza mía...! ¿Qué la queréis, reinas? ¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Para qué la acosáis, doncellas de catorce a quince años? Dejad, dejad a la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que Amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acibar; para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, [...] para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo. (II, 45)

Edward Martín Chauca (Martín, 2008) tiene una interesante interpretación sobre esta cuestión. Por un lado, dice, don Quijote es un casto caballero enamorado, con un amor imposible, pero por el otro debe sublimar su apetito sexual. Y es que es justo esta sublimación, su actitud pasiva en el sexo, la que le lleva a construirse la “máscara” de caballero andante con la que se introduce en el mundo. Dulcinea es, pues, ante todo, una muralla que le va a facilitar a don Quijote expresar y justificar su pasividad ante el sexo. Y muy oportunamente recuerda que el hidalgo dijo ya en el primer capítulo que anduvo enamorado de Aldonza pero nunca se atrevió a decírselo.<sup>3</sup>

Pero veamos otros elementos. Desde la primera salida del flamante caballero andante aparece la **evocación** de Dulcinea, lo que será un tema recurrente a lo largo de toda la obra. Ni que decir tiene que lo que hace es repetir fórmulas aprendidas en los libros, vengan o no a cuento, como en la cita que sigue, en la que se queja de una inexistente despedida esquivada; fijémonos en el “como si” de la primera línea, que es clave para interpretar la actitud de impostura del caballero:

Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado:

—¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura [...]. (I, 1)

También durante la vela de armas en el patio de la venta antes de ser armado caballero evocará a Dulcinea. Cualquier objeto le sirve para poner en marcha el mecanismo de esa evocación, como ocurre al llegar a la casa de D. Antonio Moreno (el Caballero del Verde Gabán) ante la vista de unas tinajas “que por ser del Toboso, le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea” (II, 18) por lo que reproduce, suspirando, los versos iniciales del soneto X de Garcilaso de la Vega:

—¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,  
dulces y alegres cuando Dios quería!

Y de la evocación pasará a la **invocación**. Efectivamente, de principio a fin de la novela, cuando don Quijote va a iniciar una aventura, le pide protección: ella le inspira y es el motor de su valor, tal como le dice a Sancho, muy enfadado porque éste le recrimina que por fidelidad a Dulcinea rechace casarse con la princesa Micomicona: “Y ¿no sabéis vos, gañán, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga? [...] Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser”. (I, 30)

A cuento de esta costumbre de los caballeros andantes de encomendarse a su dama —como si de su Dios se tratase— cuando van a acometer una peligrosa empresa, le dirá en tono zumbón Vivaldo, el caballero con el que comparte camino hacia el entierro de Grisóstomo: “me parece que huele algo a gentilidad” (I, 13). A lo que responde Don Quijote, después de justificarse como usuario de esta fórmula: “Y no se ha de enten-

3. MARTÍN CHAUCA, Edward: “Acción y trasgresión femenina en la primera parte de del Quijote”, en *Especulo. Revista de Estudios literarios*, Madrid, Universidad Complutense, 2008. El URL de este documento es [http://www.ucm.es/info/especulo/numero\\_37/traquijo.html](http://www.ucm.es/info/especulo/numero_37/traquijo.html)

der por esto que han de dejar de encomendarse a Dios; que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra” (íd).

Como quedó indicado anteriormente, desde el momento de concebir a su dama el hidalgo manchego se planteó el proyecto de enviar a su presencia a cualquiera con el que tuviese un encuentro, o encontronazo, para que le presentase sus respetos. Y ello será recurrente en toda la obra: primero lo pide y si no le responden, lo exige. Así sucede con la señora vizcaína, a cuyo criado ha vencido (uno de los poquísimos éxitos del caballero, todo hay que decirlo) y, sobre todo, con los galeotes, lo que va a tener repercusiones negativas para amo y criado a corto plazo (les apedrean), y a largo plazo (se ven forzados a cambiar el rumbo de su viaje internándose en Sierra Morena). Y, por supuesto, al caballero de los Espejos, por poner sólo algunos ejemplos. Igualmente, si considera que puede salir mal parado de una aventura (la de los leones, por ejemplo), deja el mismo encargo a Sancho. Por cierto, que éste se preguntará en más de una ocasión que para qué le servirá a Aldonza Lorenzo la hipotética *visita-homenaje* de los que le envía don Quijote a tal fin.

Es precisamente Dulcinea la causa del primer vapuleo (si exceptuamos el de la vela de las armas) que sufre el caballero cuando durante su primera salida, y en su segunda aventura, se topa con los socarrones y maliciosos mercaderes toledanos. Como un don Suero de Quiñones de ficción, les pide que proclamen la hermosura de la sin par Dulcinea del Toboso, y ante la burla de uno de ellos, quiere arremeter contra éste; pero Rocinante tropieza y allí, en el suelo, es apaleado el caballero por un mozo de mulas (I, 4). Es sintomático de la evolución que experimentará el personaje hasta el final de la segunda parte como en otra circunstancia similar no se sulfura y contesta comedidamente. Me estoy refiriendo al encuentro en una venta con los caballeros que le informan de la publicación del *Quijote* apócrifo: “En el discurso de la cena preguntó don Juan a don Quijote qué nuevas tenía de la señora Dulcinea del Toboso: si se había casado, si estaba parida o preñada...” (II, 59)

Don Quijote construye a Dulcinea a partir del modelo de las heroínas de la caballería andante y con los materiales que le proporciona la tradición poética, principalmente renacentista, pero también del amor cortés, de ahí que utilice todos los tópicos al uso para describirla físicamente cuando le pregunta por ella Vivaldo, el ya citado caballero. En estos supuestos, novela caballeresca y poesía amorosa, Cervantes juega con la parodia:

[es] su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas. (I, 13).

Y en lo que se refiere a su linaje, contestando al mismo caballero, no se anda por las ramas, y desde su idealismo exacerbado la convierte en **heroína epónima** y equiparándola –casi– con un buen puñado de ilustres familias, que parece ir escaneando desde la época romana a las más recientes, recorriendo con su cursor la geografía ibérica hasta parar en el centro:

–No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesens de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafox, Nuzas, Rocbertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón, Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla, Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos. (I, 13)

Hay un momento crucial en la concepción del personaje, cuando Sancho se entera de que



Dulcinea del Toboso es como un palimpsesto de Aldonza Lorenzo. La cita es larga pero sustanciosa:

–¡Ta, ta! –dijo Sancho–. ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

–Ésa es –dijo don Quijote –, y es la que merece ser señora de todo el universo.

–Bien la conozco –dijo Sancho–, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante, o por andar, que la tuviere por señora! ¡Oh, hi de puta, qué rejo que tiene, y que voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar a unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla y de todo hace mueca y donaire. [...] Y querría ya verme en camino, sólo por vella; que ha muchos días que no la veo, y debe de estar ya trocada; porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. [...] hasta aquí he estado en una grande ignorancia; que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, o alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así del vizcaino como el de los galeotes [...]. (I, 25).

Esta imagen física y psicológica de Aldonza Lorenzo que se desprende de lo que sobre ella dice Sancho –que confiesa conocerla personalmente– es fundamental porque quedará fijada en el cerebro de éste para echar mano de ella cuando necesite “construir” a una Dulcinea que no existe, tal como ocurre, por ejemplo, en la conversación que mantienen caballero y escudero saliendo de Sierra Morena, y de la que luego hablaré. Y a pesar de que la citada moza no queda muy bien parada por las chuscas alusiones del

escudero (forzada, pelo en pecho, voz potente, nada melindrosa, cortesana, o sea, algo ligera de cascos, burlona...), don Quijote no se amilana, incluso admitiendo que no sabe leer; es decir, se mantiene en sus trece, y le relata el cuento de la viuda que, habiendo elegido –frente a otros buenos partidos que la cortejan– a un joven rollizo pero inculto, se defiende ante los que la critican diciendo con “donaire y desenvoltura”:

– “Vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles –”. Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. (I, 25)

Esta cita dicha así, descontextualizada, podría llevar a una lectura superficial y hasta a una conclusión maliciosa; pero no, lo que demuestra es que el caballero no necesita apalancar a su **amada ideal** sobre una realidad porque se basta para construirla con materiales mentales. De hecho, progresivamente, a lo largo de toda la obra es fácil apreciar como Aldonza Lorenzo pierde cuerpo y presencia, se diluye como soporte real, hasta desaparecer prácticamente en la segunda parte. Ya no la necesitan ni el autor ni el personaje, y así durante la nocturna visita a El Toboso, en la segunda parte, la hija de Corchuelo se ha esfumado.

–Tú me harás desesperar, Sancho –dijo don Quijote –. Ven acá, hereje; ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? (II, 9).

En la sustanciosa conversación que –saliendo de Sierra Morena– sostienen amo y escudero a propósito de la supuesta **carta** que Sancho ha llevado a El Toboso para su señora, hay un balanceo entre dos productos mentales, entre dos ficciones: la idealista de don Quijote (construi-

da, como se ha dicho, desde los parámetros de la literatura caballeresca) y la maliciosa de Sancho (inventada para salir del paso). Es uno de los fragmentos más célebres cuando se trata de referirse a la dama de sus pensamientos:

–[...] Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosa? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero.

–No la hallé –respondió Sancho– sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

–Pues haz cuenta –dijo don Quijote– que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos.

– [...] cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a dalle nombre? [...]

–Lo que sé decir –dijo Sancho– es que sentí un olorillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo coireosa. (I, 31)

En la segunda parte (capítulo 10) hay un episodio que podemos considerar réplica de éste pero con resultado cruzado: el del **encantamiento** de Dulcinea. Como es sabido, la primera tarea que se impone don Quijote durante su tercera salida es visitar El Toboso. Sancho –esta vez también– necesita improvisar, salir del apuro para que su amo no descubra la superchería que le contó de su supuesto viaje al citado pueblo manchego, y convierte a tres toscas y feas labradoras que salen del caserío en Dulcinea y sus damas. Por contra, don Quijote no “ve” más allá de lo que aprecian sus ojos y es él ahora quien se lamenta del mal olor: “ [...] cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea, según tú dices, que a mí me pareció borríca, me dio un olor de ajos crudos, que me encalabrínó y atosigó el alma.” (II, 10)

Como siempre, don Quijote tuerce el brazo a la realidad explicándola desde su paranoia de héroe perseguido por su mala Fortuna –en este caso–, junto a los habituales envidiosos encantadores; y es que cuando la realidad no se ajusta

a su modelo prefabricado, el caballero andante vocacional echa mano del artilugio de la metamorfosis mágica:

[...] ya veo que la Fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes.

[...] no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana [...] (II, 10)

El episodio del **encantamiento** de Dulcinea va a ser importantísimo porque se convertirá en una especie de *leit motiv* recurrente hasta el final de la obra: primero en la cueva de Montesinos y después –cuando entran en contacto con los duques– con la burla del “desencantamiento” a cuenta de los 3300 azotes que debe aplicarse Sancho en sus posaderas y que dilata o falsea, como es sabido.

Finalmente, Dulcinea es la palanca que utiliza Sansón Carrasco para arrastrar al decrepito caballero al duelo que le llevará a la derrota en la playa de Barcelona. En su primer intento, como es sabido, a Carrasco le sale mal la jugada, y la supremacía de Dulcinea sobre Casildea de Vandalia queda a salvo (II, 15). Pero la segunda vez consigue su propósito y don Quijote es vencido no sólo físicamente sino también moralmente, teniendo que renunciar a sus sueños de héroe. Sin embargo, su sentimiento hacia ella ha quedado intacto, porque entonces le escuchamos decir la más hermosa y generosa declaración de amor que pueda escuchar una mujer, el ofrecimiento de su propia vida:

–Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo:

– Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quita-

me la vida, pues me has quitado la honra.

–Eso no haré yo, por cierto –dijo el de la Blanca Luna–: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. (II, 65)

La última vez que don Quijote nombra a Dulcinea es durante la conversación que mantiene con el cura y Sansón Carrasco al regresar a su aldea y a propósito de hacerse pastor durante el obligado año de reclusión:

– [...] puesto que yo estoy libre de buscar nom-

bre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y, finalmente, sujeto sobre quien asentar bien toda alabanza, por hipóbole que sea. (II, 73)

A partir de ese momento son los otros personajes quienes la traen a colación, sobre todo para intentar levantar el ánimo del abatido caballero. Pero ya es inútil, porque don Alonso Quijano el Bueno ha recuperado el juicio y, como él mismo dice, “Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño” (II, 74). Que, en mi opinión, es la más oportuna cita para concluir este estudio. ■

## LA PRESENCIA DE TOLEDO EN EL QUIJOTE

JUAN ESTANISLAO LÓPEZ GÓMEZ, COLEGIO DE INFANTES, TOLEDO

**RESUMEN:** Contaba Cervantes con seis años de edad cuando por vez primera llegaba a Toledo. Con esta venida iniciaba una larga serie de estancias, algunas de ellas muy prolongadas, lo que le permitirán conocer en profundidad el heterogéneo estamento social y gremial de esta populosa ciudad que alojaba a más de sesenta mil habitantes. El variopinto colectivo toledano será recogido por Cervantes en gran parte de su corpus literario y de manera muy especial en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*, donde plasmará sus barrios y plazas así como los personajes que daban vida a esta corte de la iglesia española y capital del Imperio hasta 1561, como queda patente en el presente trabajo. **Palabras clave:** Cervantes, Toledo, don Quijote, Sancho Panza, aventura.

**ABSTRACT:** Cervantes was six years old when he first arrived in Toledo. With this initial visit, he began a series of long stays, some of them for extended periods of time, that allowed him to know profoundly the heterogeneous social and guild stage of this populous city with more than 60,000 inhabitants at that time. Cervantes reflected the diversity of Toledo in a large part of his literary corpus, and especially in *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*, where he captured its neighbourhoods and squares, as well as the characters who gave life to the Spanish Church Court and the Capital of the Empire until 1561, as it is well proven in this paper. **Keywords:** Cervantes, Toledo, Don Quijote, Sancho Panza, adventure.

Desde la más temprana infancia de Miguel de Cervantes, en su ambiente cotidiano, familiar y vecinal, el nombre de Toledo no fue algo extraño ni desconocido.

Por todos era sabido en su ciudad natal que los permisos y licencias eclesiásticas dependían de Toledo; en los oficios religiosos se pedía por el arzobispo de Toledo; tampoco era inusual ver pasar a los primados toledanos por las calles alcaínas o presidir las liturgias de la colegial pues desde el siglo V, Alcalá de Henares será lugar designado como ciudad episcopal donde residir los

arzobispos y allí, por lo general, acabar sus días.

Estos vínculos entre ambas ciudades harán que el trasiego de personas entre una y otra sea constante. No solo por cuestiones religiosas sino también políticas pues el poder de los primados toledanos se extendía significativamente al plano político, lo que hará necesaria la presencia de nobles toledanos en la ciudad del Henares. Recordemos que los arzobispos toledanos eran señores de Alcalá, señorío que fue confirmado el 25 de junio de 1369 y que su intervención en el célebre Ordenamiento de Alcalá (1348) fue decisiva.

Desde el siglo V, Alcalá de Henares quedará vinculada a la diócesis de Toledo, erigiendo allí los arzobispos su espléndido palacio residencial por lo que no es de extrañar que allí se celebraran importantes sínodos diocesanos como los de los años 1330, 1333, 1351 o 1497, por citar algunos ejemplos. Y aunque bien es verdad que Cervantes en sus años de niñez tuvo conocimientos mínimos de estos vínculos, pues a los cinco años marchó con sus padres a Valladolid buscando el favor de la corte pero los destinos de su vida le harán residir, a veces largas temporadas, en la Cívitas Regia Toletana, como se desprende del pasaje cuando en el Alcaná de Toledo encontró los papeles que contenían la historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha pues al retirarse de la tienda para que Cide Hamete Benengeli le tradujera los textos, le dice: *“le truje a mi casa”*, indicando con ello que estaba viviendo en Toledo.

Cuando contaba con la edad de seis años, 1553, vino por vez primera a Toledo. Su cargo como comisario real de abastos en Andalucía será uno de los motivos por los que Cervantes visite Toledo al encontrarse ésta en el Camino Real de Andalucía, registrándose su presencia en la ciudad castellana en los años 1564, 1568, 1587, 1600, 1601, 1606 y posiblemente algún año más. La otra razón de su vínculo con la ciudad del Tajo es su boda, el 12 de diciembre de 1584, con Catalina de Salazar y Palacios, en Esquivias, viniendo a visitar a la familia de su mujer y a resolver las cuestiones de las propiedades familiares pues él era el administrador de los bienes de D<sup>a</sup>. Catalina, entre los que se encontraba una casa en la plaza de los Tintes.

Cervantes, como hombre de mundo, en sus estancias toledanas frecuentó todos los ambientes y conoció a todos los personajes que configuraban el entramado social de una ciudad que era la corte de la iglesia española y la capital del imperio hasta 1561: nobles y mercaderes, remendones y canónigos, damas y sederos, conversos y cuadrilleros, facinerosos y mesoneras, armeros y moriscos, hidalgos y cicateruelos...

Miguel de Cervantes tendrá en Toledo vivencias vecinales y familiares que, unidas al vario-

pinto grupo social de sus moradores no tendrá por menos que citar a Toledo en su inmortal obra, bien aludiendo a sus calles, plazas y edificios como las Ventillas, el Alcaná, las Tendillas, Zocodover, las Tenerías, el Palacio de Galiana y el Hospital del Nuncio; a grupos sociales como canónigos o cuadrilleros de la Santa Hermandad; a personajes históricos como La Cava; sin olvidarse de los oficios gremiales que tanta fama dieron a la ciudad como los espaderos, mercaderes de seda, los boticarios o la industria pañera. Una ciudad que será para Cervantes *“Peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades”*.

Una excepción la encontramos con el toledano Garcilaso de la Vega, presente a lo largo de toda la obra, no porque sea citado en varios pasajes como cuando dice *“Traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoens”* (II, LVIII,) o en *“-Por cierto- replicó don Quijote-, que vuestra merced tiene estremada voz; pero lo que cantó no me parece que fue muy a propósito; porque ¿qué tiene que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora?”* (II, LXX), sino por la poética prosificación que Cervantes hace de sus versos.

La trascendencia, importancia y universalidad de Garcilaso de la Vega, hacen que su figura no quede ceñida ni circunscrita a la ciudad del Tajo, por lo que Cervantes cuando trae a sus páginas al “príncipe de los poetas” no lo hace como evocación o memoria de Toledo, como ocurre con el canónigo o los mercaderes, sino como pleitesía y reverencia a su obra.

### VENTILLAS

La primera vez que en *El Quijote* se cita a Toledo, es en el pasaje donde El Ingenioso Hidalgo es armado caballero (I, III), cuando el socarrón ventero, advirtiendo la falta de juicio de su huésped, afirmó que en sus años de juventud, buscando aventuras pasó por *“los Pecheles de Málaga, Islas de Riazán, compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de*